

Lo que construimos

Gonzalo era el único familiar en el matrimonio de Rosario. La muchacha relucía su sonrisa, su vestido blanco y sus ojos verdes, brillantes de amor y emoción. Viéndola ahí, irradiando felicidad al lado del hombre por el que renunciaría a su vida entera, nadie pensaría que una triste amargura astillaba su pecho.

La culpa era suya por inundarse en esperanzas sin futuro y expectativas falsas. Esto ya había ocurrido antes y ella no lograría hacer que cambie. Nadie podría cambiar el pensamiento bajo el que se construía su familia.

Sin embargo, de esta misma pena florecía el profundo aprecio por su sobrino. Con solo trece años, Gonzalo Villegas se había presentado a primera hora en la iglesia, aún si sus padres no habían podido asistir. Su madre cuidaba de su hermana menor y de su padre que había caído en cama ardiendo en fiebre.

Pero a pesar de ello, no correspondía que una novia estuviese tan sola el día de su boda. Gonzalo sabía que nadie más de los Villegas asistiría, mas nunca entendió muy bien el por qué.

—Tía Rosario, ¿puedo preguntarle algo?

—Cuénteme.

Aparte de ella, el joven no conocía a ningún otro pariente de su padre, Francisco Villegas. Él era un hombre trabajador y serio. Valoraba a su familia más que nada, pero no lo hacía con palabras. Lo hacía con acciones, sacándolos adelante, habiendo partido desde la nada y con nada, con esfuerzo y sacrificio. No hablaba de sus padres ni sus hermanos, o al menos Gonzalo nunca lo había escuchado hacerlo.

—Discúlpeme si es una pregunta muy fuera de lugar. —Rosario se rio suavemente. En ese momento se parecía mucho a su hermano. Gonzalo veía en ella los mismos ojos y la misma risa de su padre.

—No se preocupe, sobrino. Pregúnteme lo que quiera.

—¿Sabe usted por qué mi papá no habla con ninguno de mis tíos? Sé que fue desheredado, pero eso fue decisión de los abuelos, según tengo entendido yo. No sé por qué implicaría a los hermanos también.

Rosario dejó escapar un suspiro. Conocía esa historia demasiado bien. A veces sentía que era ella misma quien la vivía.

—Sabe que su papá fue desheredado, ¿pero sabe usted cómo pasó?

—Sí. Le prohibieron casarse con mi mamá, y él lo hizo igual.

—Es verdad. —Asintió, retrocediendo en el tiempo—. Pero la razón es un poco más complicada, sobrino.

Y entonces se remontó a los años 1900 cuando sus padres zarpaban desde España en busca de nuevas oportunidades en las tierras fértiles de América. Daniel e Inés escaparon del caos con un hijo en una mano y ciega fe en la otra. Así, en 1915, Francisco Villegas, segundo de la familia, llegaba a la que sería su futura patria.

Se asentaron en suelo chileno, trabajando día y noche sin descanso. Una vez instalada la familia esta siguió ampliándose hasta que finalmente Inés dio a luz a una niña, Rosario Villegas, la menor de los cinco. Pero, por más que España no fuese el país de su nacimiento, siempre sería su sangre y linaje. Dante e Inés se empeñaban en recordarle a cada uno de sus hijos que llegado el momento de formar una familia propia han de ir a España en busca de una pareja. No se casarían con chilenos ni mestizos. A menos que fuesen a las tertulias de la capital y encontrasen una familia de españoles legítimos asentados en América como lo eran ellos, sus parejas respectivas tendrían que ser de los que aún vivían en Europa. De otro modo, no serían.

El mayor de ellos no tuvo problemas en cumplir con lo dicho. Zarpó en busca de mujer y volvió junto a su esposa. Para Francisco podría haber sido tan sencillo como eso, pero él no tuvo opción al enamorarse. Catalina Molina no le dio elección.

La ciudad chilena en la que ahora vivían no era elegante ni de alta alcurnia. Sus habitantes, para qué decir. Buena gente, sin duda, pero no adecuadas para algo más allá de una relación amistosa. Involucrarse románticamente con una chiquilla

de aquellos barrios sería un escándalo. Los Villegas se negaron por mucho tiempo a creer en los rumores al aire que se cuchicheaban sobre su hijo segundo y cierta señorita de largo cabello crespo, ojos feroces y risa estrepitosa.

La familia tenía gran reputación en la zona. Más de una muchacha añoraba la atención de aquellos europeos de ojos verdes. Para su mala suerte, el primero ya se había casado y el segundo no parecía tener interés en lo absoluto por cosas tan insulsas. Los dos menores aún vivían con sus padres, pero una niña tenía permitido soñar.

Cada día Francisco salía a la plaza cercana a su casa para leer el diario bajo la sombra de un viejo roble. Cada día, la señorita Catalina Molina se paseaba con su chaperona por esos lares. Descaradamente le miraba, le regalaba una sonrisa o dos y volvía sus ojos al paisaje.

En un principio el muchacho no tenía ningún interés, mas si había logrado despertar su curiosidad. Se encontró buscando aquellos ojos a menudo cuando la veía pasar, volviéndose una costumbre silenciosa entre los dos. Nunca tuvieron un encuentro privado o formal, siempre en plaza bajo la vista del barrio entero y la compañía de la chaperona. Francisco, bien corto de genio, no siempre tenía mucho que decir, pero Catalina lograba encontrar palabras por los dos. Él solo podía sonreír y escuchar.

A medida que el calor y los días de sol se evaporaban sus encuentros fueron cada vez menos frecuentes. El frío del invierno no daba mucha posibilidad a las mujeres para abandonar sus hogares para nada mas que ir a estudiar. Sin embargo, Francisco no tardó en enterarse que a cierta muchacha le gustaba mucho pasearse por la pulpería de su familia. Mucho más que pasar el día encerrada en la casa al menos. Desde ese momento Francisco se volvió su cliente más frecuente, aún si a veces iba "sólo a mirar". No era siempre Catalina quien le atendía, no siempre estaba, pero él siempre volvía.

Historias y rumores sobre el nuevo e inusual comportamiento de su hijo no tardaron en llegar a oídos del señor Dante y la señora Inés.

La mujer prestó suma atención a las acciones de su hijo en la ciudad hasta estar segura de comprender lo que pasaba. Entonces compartieron una profunda charla para recordarle la clase de esposa que debía tener, prohibiéndole seguir viéndose con aquella pueblerina. Y Francisco obedeció. A medias.

Abandonó sus visitas extra a la pulpería, yendo solo si era necesario. A cambio, siempre dejaba un pequeño recuerdo a nombre de Catalina. Fue entonces cuando sus cartas comenzaron. Todo el invierno fue cubierto de palabras amorosas, historias compartidas y detalles en tinta. Uno que otro encuentro en la feria, en algún evento y en misa todos los domingos. A ojos de los demás, tan casual como dos vecinos. Pero para ellos, aquellas casualidades lo eran todo.

Como las flores en primavera, el pensamiento de la muchacha crecía hasta taparlo todo en la mente del joven Villegas. Sus raíces le invadían el cuerpo por completo y ya estaba perdido. Le había atrapado y jamás podría soltarse. Si era honesto, tampoco querría hacerlo.

Catalina era un caos andante. De las peores que un hombre de alta sociedad en esa ciudad podría escoger. Correteaba por los alrededores persiguiendo a sus primos menores, ensuciando sus ropas sin cuidado, cayendo en juegos infantiles para terminar desparramados sobre tierra y barro. Reía con fuerza, dándose una palmada en la rodilla como hacían los viejos tras unas copas de más. Hablaba demasiado y entendía todas las bromas indebidas. A veces Inés la miraba y se cuestionaba si la madre de aquella pobre criatura alguna vez se había preocupado de su educación o su apariencia. Su cabello rebelde siempre suelto, sus abrigos viejos y usados, su piel tostada que no ocultaba los días de sol. Una despreocupación espantosa si a ella le preguntaran.

Mas si fuese a Francisco a quien le preguntaran, él diría que todo eso sólo le hacía enamorarse un poquito más. Era tanta vida la que tenía esa muchacha que incluso lograba contagiarle a él con un poco de su energía voraz, ese fuego con el que se movía, tocarle con sus rayos de sol. Conocido por ser un hombre distante y frío, ahora podía vérselo soñando despierto y sonriendo ante sus propios recuerdos. Recuerdos de roces de manos, de bailes en fiestas patrias, de cálidos besos en la

mejilla al decir adiós y de caminatas con su chaperona entre el canto de los pájaros y el susurro de los árboles.

Francisco siguió siendo la persona responsable, enfocada y comprometida que siempre había sido. Su trabajo jamás fue descuidado, sus tareas jamás dejadas de lado. La única diferencia es que ahora era un poco más feliz. Catalina a veces se atrevía a pasearse con su chaperona cerca de su campo, robándole una sonrisa. Francisco a veces se atrevía a llevarle flores a su casa, robándole un suspiro.

La presión de sus padres no disminuía, aun cuando la ciudad entera podía ver el nuevo brillo en los ojos del joven Villegas. Tener ese apellido significaba algo más importante que un enamoramiento. Su legado, su sangre, su familia, importaban más que una chiquilla de América.

—Apenas haya terminado la cosecha usted partirá a España a buscar una esposa —declaró Dante Villegas—. Ya está en edad de encontrar una mujer.

—No puedo ir a España para eso.

Francisco nunca había sido un rebelde ni mucho menos. Tenía por sus padres el merecido respeto y no cuestionaba sus decisiones. Al menos, hasta ahora, nunca lo había hecho.

—Por supuesto que puede —había insistido el hombre—. Usted puede y es lo que va a hacer.

—No puedo, porque la mujer que yo amo está aquí, y eso no lo encontraré en ningún otro lugar.

Su respuesta había dejado perpleja a la familia entera. Él, tan inteligente y sensato que siempre había mostrado ser, queriendo desposar una chiquilla de América. Era para quedar consternado y no menos.

Inés rogó por cordura, Dante amenazó con desheredarle, pero todo intento fue en vano. Terco como él solo, Francisco no iba a ceder. Si debía batírselas por su cuenta de ahora en adelante, iba a hacerlo. Algo de plata tenía, podía esmerarse en reunir más. No tomaría el camino fácil, no si eso le llevaba a una vida sin ella.

Catalina nunca lo quiso por su linaje o por sus recursos. Sí, sus ojos verdes le gustaban mucho, pero se había enamorado de él por su persona, por quien era y no por lo que ofrecía. Si tenía que pasar más tiempo en la pulpería poco le importaba. Aunque Francisco se sentía culpable por tener tan poco que darle ella insistió que con su amor y cariño no necesitaba nada más. Así, una vez tuvieron una base suficiente para mantenerse en pie y empezar una nueva vida le pidieron al cura de la ciudad, él que los vio enamorarse cada domingo consecutivo, que realizara la ceremonia de su matrimonio.

La fiesta no sería algo muy grande, sólo las personas cercanas que necesitaban a su lado en un evento como este. Sin embargo, Francisco había sido advertido y su familia cumplió su palabra. Cortaron todo lazo que alguna vez hayan tenido y por supuesto, ninguno se presentó en su matrimonio.

Con algunos de sus hermanos sí mantuvo un leve contacto con una o dos cartas cada cierto tiempo. De sus padres, por otro lado, no supo nada más. Él permanecía siendo una vergüenza para la familia y ellos no cambiarían su postura.

Al igual que no se presentaron a su boda, tampoco los visitaron por el nacimiento de su primer hijo. Dante Villegas era un hombre de palabra, y al haberle desheredado, para él, Francisco había dejado de ser hijo suyo. Sus hermanos compartían este pensamiento. Todos menos Rosario.

Ella era aún muy niña cuando pasó lo de su hermano y Catalina, pero jamás le encontró nada de malo. Encontraba más alocado viajar hasta otro continente para buscar una pareja. Ella se había enamorado en Chile y con un chileno pensaba casarse. Recibió las mismas advertencias que su hermano años atrás, y al igual que él prefirió ser abandonada a su suerte antes que pasar el resto de su vida atada a un hombre que no amaba.

Francisco jamás querría que ella pasara por lo mismo que había vivido él. No se lo merecía. Perdió la compostura y temperamento al darse cuenta que el matrimonio era en dos días y la fiebre le empezaba a consumir. Sabía que nadie más de la familia asistiría, por lo que pidió a Gonzalo que fuese en su representación. Sin

embargo, tras comentarle la petición a su hijo este confesó que de todas maneras pensaba ir.

—Me entristece que sus papás no estén con ella ese día, pero creo que es más importante estar acompañado de gente que te quiere por completo y no solo por el apellido que tienes. A veces estoy feliz de no conocer a mis abuelos.

Y aunque Francisco siempre los querría, jamás podría arrepentirse de la decisión que había tomado. Puede que perdiese la familia de la que venía, pero había construido una mucho más real y valiosa. Con amor y esfuerzo, cualquier tierra remota podía convertirse en un hogar. Eso era lo que habían construido.

Luna Pascale